

Los intelectuales y la integración centroamericana

MARIO MONTEFORTE TOLEDO

INTRODUCCIÓN

Al estudiar la reciente y muy valiosa obra del doctor Francisco Villagrán Kramer, *Integración económica centroamericana*¹ y en especial su tercera parte, dedicada a los aspectos sociales y políticos, salta a la vista una serie de coincidencias entre los planteamientos y las actitudes de los grupos políticos y sindicales, prescindiendo de su ubicación ideológica. En el proceso integrativo global, esas similitudes de juicio y de modos y grados de participación pueden ser:

- a) *Una deficiente conciencia política;*
- b) *Una concepción parcial y subjetiva de los aspectos económicos;*
- c) *Una estrecha perspectiva de los aspectos sociales; y* ¹
- d) *Una limitación aún mayor de los proyectos culturales.*

Los grupos promotores de la integración insisten en *despolitizar* la creación, aprobación y ejecución de todos los instrumentos regionales; ciertos partidos y grupos están alertas sobre el carácter fundamentalmente político del fenómeno, pero no han sido capaces de apreciarlo con la necesaria proyección histórica ni de enderezar acciones para lograr una participación real a niveles ejecutivos.

En el orden económico, constructores y críticos de la integración no delimitan adecuadamente la diferencia entre desarrollo e integración, y supeditan uno y otra a sus intereses personales o de grupo; prevalece el sentido clasista y no la conciencia crítica del hecho en su totalidad. Dicho de otra manera, tienden a confundir el medio —la integración— con una finalidad —conservación del precapitalismo, desarrollo del capitalismo, expansión del imperialismo o estímulo para un progreso de tipo socialista.

El énfasis en lo económico —cualquiera que sea la doctrina que se profese— tiende a olvidar que no hay ni ha habido nunca una transforma-

ción en los factores económicos sin cambios más o menos profundos en la estructura social, especialmente de las clases y del rol que históricamente están llamadas a desempeñar.

Por último, los proyectos culturales que se ensayan o se vislumbran, no parten de la creación de una conciencia centroamericanista ni conciben criterios ideológicos —de derecha, centro o izquierda— sin los cuales la consecución y la continuidad del cambio integral marcharía al garete, sin directriz ni verdadero objetivo.

El doctor Villagrán no enfoca las actitudes con respecto a la integración desde el punto de vista de las clases sino de algunas de sus agencias políticas o de sus grupos de presión. Y no podía ser de otra manera, porque en la etapa vigente de la historia del istmo no cabe esperar que tratándose de un problema superestructural tan complejo, se manifestasen los conjuntos sociales más vastos, con su conciencia y sus intereses propios; a eso se llegará, sin duda, en otro momento del desarrollo. Por ahora la preocupación se limita a pequeños grupos, ya de la burguesía empresarial, ya del sector técnico, ya de elementos muy politizados. Insisto en estos límites porque me parece que la participación bajo estudio no es tanto de índole cualitativa como cuantitativa; lo cual no significa que deban menospreciarse los pronunciamientos de algunas entidades políticas y sindicales marginadas oficialmente del proceso.²

La integración está promovida por determinados intereses de clase alta; pero sus *teóricos* pertenecen a la clase media y más específicamente, a los núcleos intelectuales.³ El fenómeno conexo es que la mayoría de los intelectuales no está interviniendo en sentido alguno; esto llama poderosamente la atención, porque sus congéneres han sido un factor de extrema importancia en la vida del istmo.

Es verdad que las circunstancias políticas actuales son adversas no sólo a las actitudes sino hasta a las ideas independientes, y que la clase media se halla absorbida por una lucha de contingencias inmediatas y locales; pero ello no basta para considerar como normal y mucho menos como duradero, que el papel tradicional de ese grupo se haya nülificado o minimizado ante un complejo de instituciones próximo a afectar el destino de casi quince millones de personas.

Este ensayo se limita a plantear —y no a estudiar a fondo— los antecedentes y las características del pensamiento de los intelectuales mesoamericanos con respecto a la reunificación de sus países, y los aspectos sociológicos de su grupo —ya veremos que no lo es tal— capaces de esclarecer sus grados de participación en este momento y los sesgos que cabe prever en ella en el cercano futuro.

LA ANTIGUA TRADICIÓN INTELLECTUAL EN CENTROAMÉRICA

Durante el siglo transcurrido desde la Independencia hasta la Primera Guerra Mundial, y aún hasta a principios de la década 1930-1940, los intelectuales de la zona estuvieron divididos en dos grupos irreconciliables: uno, con pocas ideas y muchos intereses, se opuso a los cambios por considerarlos anárquicos, contrarios a las leyes divinas, influidos por ideas “exóticas” y en pugna con lo que “el pueblo” —que por cierto incluía para el efecto a no mucha gente— aceptaba como legítimo por el hecho de provenir de las tradiciones y estratificaciones consolidadas durante la Colonia; el otro, con pocos intereses y muchas ideas, promovió los cambios por considerarlos justos, apegados a la voluntad humana, congruentes con el progreso digno de imitarse en Europa y los Estados Unidos, e indispensables para liquidar un pasado cuya principal herencia eran los privilegios y el despotismo. En menor número de palabras, los grupos encarnaron el antagonismo milenario entre la acción y la reacción.

A los intelectuales de la acción se debió la revolución liberal, que todavía no ha terminado; el avance tecnológico y capitalista, que apenas está comenzando, y la construcción del Estado burgués, que ya es un hecho. Consagraron a la razón como fundamento del orden social, al individuo como pivote de los derechos y las obligaciones —sobre todo de los derechos, lo cual ocurre siempre en los periodos revolucionarios—, a la ley como garantía y motor del progreso de la sociedad, y al liberalismo como fórmula ideal de convivencia para que jugasen las fuerzas naturales y produjesen espontáneamente el equilibrio fundado en la igualdad y la libertad.

El pensamiento liberal tuvo una sorprendente congruencia, que se expresó en una literatura, el culto a la ciencia como hija preferida de la razón, y un régimen jurídico individualista que en buena parte sobrevive. No produjo una filosofía —entendida como sistemas de pensamiento y en manera alguna como especulación esporádica— por igual motivo que los pensadores centroamericanos aún no la producen: porque las etapas de acelerados y profundos cambios son más propicias a la acción que a la meditación, y diluyen los ingenios en periódicos y manifiestos; se ha repetido también que heredamos las limitaciones intelectuales españolas e indias, explicación que requiere una base mejor estudiada.

El intelectual del siglo XIX no tardó en colisionar con sus propias obras. El nuevo orden exigía un Estado fuerte y capaz de promover cambios, muchos de ellos a expensas del derecho absoluto del individuo a hacer y especialmente a no hacer; los partidos históricos (liberal y conservador) fundieron sus intereses a lo largo de la expansión capitalista; el ideal

nacionalista se vio frustrado por la necesidad de importar recursos y técnicos para la construcción de obras y servicios públicos, con la consiguiente infiltración del imperialismo, y el positivismo devino la filosofía del grupo gobernante, con su flexibilidad superficial y realista.

La rebelión no se hizo esperar. Los intelectuales independientes —es decir la mayoría, no enajenada al poder— adoptaron un esteticismo ético y político, y un personalismo verbalista; ⁴ rechazaron la política como actividad truculenta e indigna, y evitaron toda responsabilidad en los actos de gobierno —particularmente en el campo económico—, por considerarlos de categoría menor. ⁵

Un idealismo recalcitrante distorsionó el análisis de la realidad, aunque estuviesen involucradas las fuentes del cambio social y la dirección que éste tomaba o debería tomar. ⁶ El sello de la cultura propia debía ser de naturaleza espiritual; la evolución que no procediera de tal raíz se tenía que resolver necesariamente en formas “falsas”, en “seudoculturas” y “seudocivilizaciones”; la crítica total contra la cultura moderna en trance de formarse, era que se traducía en “formas externas”, es decir inspiradas por lo extranjero. ⁷ Con frecuencia se señalaba que formas morales y jurídicas inoperantes se superponían a la verdadera naturaleza de los pueblos y frustraban los auténticos anhelos nacionales. ⁸ El verdadero broquel contra el imperialismo era la identidad cultural, la única que puede sedimentar valores espirituales y oponerlos a la igualización que buscan las metrópolis expansivas, a pesar de que los países bajo asedio adoptasen la industria y la economía moderna en general. ⁹

Los intelectuales se movían en una posición insegura entre la tradición que procuraban destruir, la que trataban de fundar y las presiones invasoras del progreso material, a cuyo favor abogaban sin esclarecer cómo podía llevarse a cabo bajo los auspicios de un sistema espiritualista de pensamiento; las estadísticas, la economía y la sociología resultaban devaneos materialistas y vacuos que limitaban las fuerzas intuitivas y el sentido común, y privaban al conocimiento de su dimensión humana. ¹⁰ En los órdenes filosófico y político, la expresión de este pensamiento demandaba una altura jerárquica y condiciones irrestrictas de libertad, o sea privilegios que el poder público no estaba en disposición de aceptar, ya que ni siquiera respetaba los derechos individuales reconocidos por las leyes. ¹¹

Después de la Primera Guerra Mundial se vivifican muchas ramas de la cultura en Centroamérica y los intelectuales empiezan a evolucionar. Se dan cuenta de que la literatura aún está dominada por el modernismo, con todos sus extremos de desarraigo y de evasión de la problemática social, y de que la filosofía imperante sigue siendo el positivismo, ya convertido en ideología de la clase gobernante y fundamento de una política

más bien cínica que realista. Cuatro incitaciones ideológicas llegaron al istmo entonces: de Europa —principalmente en traducciones vía Madrid y Barcelona—, la crítica del mundo actual; de México, la revolución empezada en 1910; de Argentina, la revolución universitaria y de varias partes, el marxismo.

Los intelectuales europeos vieron en la guerra un asalto a la razón y concretamente, a los valores del humanismo, de los que se consideraban titulares y guardianes. Esa crítica se hizo extensiva al sistema socioeconómico imperante y a las élites que lo encabezaban. Una especie de iconoclasia irrefrenable embistió contra todas las tradiciones burguesas, lo mismo en las artes y las letras que en la filosofía y la doctrina política. Semejante ejemplo en las metrópolis culturales tenía que repercutir en la periferia, de por sí imitativa e insegura, aunque fuese con la moderación y las estrechas perspectivas anejas a la provincia.

La Revolución Mexicana hizo enorme impacto en la vida intelectual centroamericana; ¹² pero no en la dirección de un estímulo para los levantamientos populares sino en la esfera cultural. Este curioso límite se debió a tres factores: *a*) el aislamiento en que habían mantenido las dictaduras a sus respectivos países contra México, de donde emanaron, como golpes contra las oligarquías gobernantes, la independencia y la revolución liberal; *b*) la índole campesina y proletaria de la Revolución Mexicana hasta esas fechas, en que el elemento rural se hallaba por completo adormecido políticamente y el elemento obrero era mínimo en Centroamérica; y *c*) la inclinación pequeño-burguesa o aristocratizante de los intelectuales del istmo, que vivían totalmente apartados de las masas. El impulso cultural arribó en pleno cuando José Vasconcelos asumió la Secretaría de Educación. Para los intelectuales centroamericanos, Vasconcelos fue un guía citado e imitado con harta frecuencia, menos como patrono de un “arte nacional” —que en el istmo carecía de bases populares— que como hombre de pensamiento universal de tipo humanista. Esta segunda limitación se explica porque los países istmeños no sufrieron una política cultural extranjerizante como la del porfiriato, y por lo tanto no les había llegado la hora de concebir el desarrollo de una cultura nacional en función revolucionaria.

Poco después de 1920, las juventudes universitarias cobraron conciencia de su desconexión con los trabajadores y fundaron universidades populares. En esa misma época resurgió el partido Unionista, que sin abandonar la terminología abstracta de la vieja tradición cultural, planteó la reunificación mesoamericana como una vuelta a la entidad federativa de tan corta vida a raíz de la Independencia; es decir, sobre bases políticas y sentimentales.

Estas dos ideas, la democratización de la cultura y la unificación latino-

americana como meta última, procedían fundamentalmente de la revolución universitaria argentina, la cual repercutió en Centroamérica hasta fines del decenio 1920-1930, merced a una acelerada politización de los intelectuales. En los mismos años cundió el interés por las lecturas marxistas y se homogeneizó el pensamiento político en torno al antiimperialismo, cuya estructura epigonal y mejor articulada era el Aprismo. Haya de la Torre encendió a las juventudes hablándoles, además, del substrato indio de la revolución necesaria y de la dinámica de las sociedades emanada de su propio espacio-tiempo, en un lenguaje desbrozado de las vaguedades metafísicas que abundan en Vasconcelos.¹³ Gran influencia ejerció también el pensamiento materialista de Mariátegui, quien fue el primero en advertir la típica americanidad del problema indio y su naturaleza primordialmente económica.

Los movimientos universitarios que estallaron en cadena, y singularmente en Guatemala —donde a la sazón solían estudiar magisterio o carreras universitarias muchos jóvenes del resto de la zona—, fijaron la meta unionista ya no en concepto de ideal retrospectivo sino como frente nacionalista, antiimperialista e inductor del progreso cultural socioeconómico.¹⁴ Este nuevo planteamiento, sin embargo, no vislumbra con claridad cambios estructurales, ni mucho menos el socialismo como sistema deseable. Huelga decir que los Estados Unidos condenaron este género de unionismo como subversivo, y que los gobiernos militares en turno procedieron a clausurar universidades y a perseguir y encarcelar estudiantes, maestros e intelectuales.¹⁵

Los universitarios y los maestros nutridos en la nueva ideología unionista jugaron un papel de trascendencia en los movimientos populares surgidos después de la Segunda Guerra Mundial, y algunos todavía son líderes de grupos de izquierda. Los universitarios y los intelectuales de 1920 siguieron diferente trayectoria. En su mayoría se opusieron a las dictaduras hasta 1944 y continuaron predicando la unión centroamericana en sentido político e idealista; pero sus intereses se fueron mezclando con los de las clases altas y al llegar el momento en que los partidos y los sindicatos propusieron cambios estructurales y una política antiimperialista, colaboraron francamente con la reacción y algunos figuran hoy entre sus líderes intelectuales. Esta pugna intergeneracional tuvo un receso en vísperas de la Segunda Guerra, cuando el antifascismo conglomeró del mismo lado a derechas e izquierdas; mas luego se recrudeció y en cierto modo subsiste, aunque languideciendo ante la importancia del conflicto ideológico en uno de cuyos extremos se hallan las nuevas generaciones intelectuales.

ÉPOCA DE TRANSICIÓN

En la década 1930-1940, cuatro acontecimientos obraron conjuntamente para liquidar la vieja tradición cultural centroamericana: la depresión mundial, el gobierno del general Lázaro Cárdenas en México, la guerra de España y el nacifascismo.

La crisis económica azotó con mucha severidad al istmo; varias de las fortunas viejas se liquidaron, abriendo brechas en las ancestrales barreras entre los hombres y obligando a los finqueros a trabajar por primera vez; la movilidad social se acrecentó no con rumbo ascendente sino hacia abajo, en torno a modestos niveles de clase media. Este clima de democratización acercó a los intelectuales de las diversas clases y no pocos de ellos adquirieron por vez primera una conciencia de las necesidades y la idiosincrasia colectivas.¹⁶ La cultura india empezó a revalorarse y bajo la influencia de Rómulo Gallegos y de la corriente indigenista sudamericana, floreció una literatura nacionalista de franca preocupación social.

Los gobiernos militares fueron afianzados por la acción conjunta de las oligarquías criollas y los intereses norteamericanos, para impedir que la miseria originase movimientos revolucionarios; muchos intelectuales salieron al exilio, a la fuerza o voluntariamente. Los dos ámbitos de refugio que más iban a influir en la vida cultural del istmo fueron el cono sur de la América y México. El primero, con sus grandes universidades y su actividad intelectual, estaba dominado en Argentina por el neoliberalismo, las tendencias burguesas y la filosofía espiritualista, y en Chile y Uruguay, por una intensa politización, las ideas socialistas y la tradición de un régimen de democracia para realizar los cambios. Los estudiantes formados en aquellos ambientes adquirieron una devoción casi mística por la cultura y una desmesurada idea del papel del intelectual en la sociedad, y llevaron estas ideas a Centroamérica después de la guerra. La influencia mexicana, en cambio, fue más rápida y mucho más radical. Todo aquello por lo cual los grupos progresistas habían estado luchando y gran parte de lo que ni siquiera se atrevían a plantear como probable, se sintetizaba en la política del gobierno de Cárdenas; este entusiasmo impidió a los intelectuales darse cuenta de las flaquezas del movimiento cultural que aspiraban a tomar como modelo, y que por cierto era, en el fondo, menos revolucionario que en la década anterior.¹⁷ Muchos intelectuales y estudiantes exiliados en México se agruparon en la Unión Democrática Centroamericana, fundada en la capital mexicana en 1943.

La guerra de España fue para los intelectuales mesoamericanos por una parte, una batalla ideológica propia y por la otra, un apasionado quehacer que los sustrajo de sus responsabilidades frente a los regímenes de sus

propios países; los gobernantes así lo entendieron y dejaron libre la campaña a favor de la República, no obstante las presiones de la Iglesia. Liberales de centro y de derecha e idealista apolíticos indignados por la intervención extranjera en la “madre patria”, cerraron filas con las izquierdas, más concientes de lo que en verdad significaba el conflicto para el hombre. La “idea de España” dejó de ser patrimonio de academias acartonadas, de intelectuales conservadores y de grupos de presión emboscados tras la bandera de la ecumenia católica; la España republicana unió gente americana así como la España imperial la había dividido en provincias-apendiculares de la metrópoli. Desde entonces, también la hispanidad volvióse un concepto controvertido entre la reacción y los que ven en ella un motor de progreso con signo positivo dentro de la historia.

El nacifascismo fue en última instancia la sola ideología de las dictaduras americanas y de un modo menos preciso, el sistema al que las oligarquías confiaron la protección de sus privilegios contra las revoluciones populares y aun contra el capitalismo moderno y antifeudal. Mas conforme los Estados Unidos definían su política contra el Eje, los dictadores y sus agencias de poder tuvieron que pronunciarse a favor de “la democracia”. Correlativamente, dejaron de atribuir al antifascismo un carácter subversivo y permitieron su ejercicio a los intelectuales. Los regímenes militares no advirtieron que la declaración llamada de las Cuatro Libertades, la cual como aliados de Occidente suscribían junto a la Unión Soviética, era una carta que iba a jugarse en su contra a breve plazo. Cuando los pueblos se alzaron, los Estados Unidos no pudieron proteger a los hombres fuertes que les habían servido de testaferreros contra la izquierda durante la gran depresión, y prisioneros de sus compromisos ante el mundo, tuvieron que tolerar que se implantaran regímenes de tendencias progresistas.

De este modo pudo desarrollarse en Centroamérica una nueva ideología política antifeudal y nacionalista, ya con inclinaciones demoburguesas —mayoritarias—, ya con inclinaciones socializantes. Las discusiones entre los intelectuales formados en el sur y en el norte, y los que se habían curtido en la lucha local, enriquecieron el pensamiento en todos los órdenes, y derivaron hacia un unionismo vitalizado hasta el extremo de poner en marcha la ODECA (1951) para hacerlo gradualmente realidad.

LA NUEVA TRADICIÓN CULTURAL EN CENTROAMÉRICA

En vísperas de la victoria aliada fueron derrocadas las dictaduras ya añosas en Guatemala, El Salvador y Honduras. Gran parte de los inte-

lectuales se comprometió con los movimientos liberadores, especialmente en Guatemala, donde la revolución democrático-burguesa era más honda. Estos cambios repercutieron en la educación a todos los niveles, y se tradujeron en una amplia comunicación con el pensamiento y los progresos técnicos del exterior.¹⁸

Los panoramas de Costa Rica y Panamá se han diferenciado del resto de la zona desde hace tiempo; pero es innegable que a partir de entonces se ven más afectados que nunca por las experiencias de sus vecinos. En Costa Rica, un grupo de universitarios se incorporó a la revuelta de 1948; en ella participaron decenas de centroamericanos interesados en la liberación de los países del Caribe y en la compactación de toda la zona bajo el signo del progreso integral. El nuevo gobierno concibió un programa de reformas económicas, sociales y políticas capitalistas que demandaba con urgencia el país, hasta esas fechas administrado por sistemas patriarcales que anquilosaban una democracia liberal pequeño-burguesa, agrícola, provinciana y fuertemente aislacionista, con muy mediocres niveles altos de cultura.¹⁹ En Panamá, las ansias renovadoras se concentraron en una nueva forma del antiimperialismo: la reivindicación completa del canal para la nación, sin etapas intermedias que implicaran renegociar los contratos existentes. En Nicaragua —cuya dictadura familiar se sostuvo—, los nuevos aires también refrescaron las universidades y un ilustre sacerdote formó una generación que ante la estrechez de la libertad, volcó sus ímpetus en una notable literatura humanista y cívicamente, se sustrajo con dignidad del oficialismo.

El Salvador, Honduras y Guatemala, sentaron las bases de la Organización de Estados Centroamericanos, previendo la integración gradual y abierta a los demás Estados del istmo. El papel que jugaron los intelectuales en esta obra fue decisivo; de hecho, fueron ellos, apoyados por los gobernantes, quienes moldearon el proyecto, ante el interés pasivo o la total indiferencia de los demás sectores.

A medida que los avances políticos hacían inaplazables o ponían francamente en vigor los cambios sociales y económicos, los intelectuales se dividieron en grupos encontrados menos por sus intereses que por sus temperamentos y sus ideologías. De nueva cuenta se reprodujo la lucha ancestral entre la acción y la reacción, esta vez diversificada por matices intermedios y por contradicciones intergrupales.

Al principio, la reacción carecía de programas claros. Por lo pronto, reivindicó el tradicionalismo ideológico, que “es la actitud de ciertas élites” favorables a “los aspectos económicos y tecnológicos de la revolución industrial” y contrarias a que contaminen las esferas “espirituales”.²⁰ En el fondo, cualquiera que sea la envoltura terminológica, se trata de una tenaz resistencia al cambio, puesto que en nuestro tiempo

éste es integral o imposible. Desde la oposición y cuando las condiciones eran negativas para el desarrollo cultural, todos auspiciaban el igualitarismo teórico, la libertad expresiva y el remozamiento de las ideas; pero cuando esos anhelos comenzaron a hacerse realidad, algunos intelectuales fomentaron el *thermidor* dentro de la revolución, y por miedo y repugnancia a la participación real de la masa en la política y el gobierno, se refugiaron en un individualismo amargo.

Los movimientos progresistas se estancaron de El Salvador a Panamá, en cada país por circunstancias diversas; en Guatemala, por el contrario, los cambios iniciados en 1944 continuaron, obligando a los intelectuales reaccionarios a definir de manera más eficaz sus ideologías y sus actitudes. Así fue como se acogieron en lo cultural, a las viejas nociones espiritualistas —laicas o cristianas— y en lo político, al anticomunismo. Este lema se ha hecho lo bastante vago y ubicuo para actualizar el conservatismo ultramontano, el liberalismo ortodoxo, el fanatismo religioso, el positivismo, las doctrinas fascistoideas, el krausismo, el existencialismo, el romanticismo ultraindividualista y varias afinidades extranjerizantes, en especial la imitación de la cultura norteamericana como contrapeso de las tendencias nacionalistas. En algunas de sus formas vergonzantes, el anticomunismo se escuda tras la “democracia occidental”, concepto que difícilmente sustancia una doctrina, en vista de lo que ha llegado a ser en la práctica.

En medio de la acción y la reacción están los intelectuales que han roto con el pasado negativo y creen en la necesidad imprescindible del progreso social. Mas por una parte, insisten en la identidad cultural sostenida por las buenas tradiciones, como punto de partida de la modernización, y por la otra, desearían que los países avanzaran sin mayores conflictos, dentro del marco de una democracia a la europea y bajo la guía de los mejores hombres de pensamiento. Este grupo, ecléctico en todos los órdenes, admite la coexistencia entre las ideologías, confiando en que prevalecerá la mejor, mas no de acuerdo a valores absolutos sino como respuesta a las condiciones históricas.²¹ Acepta la tecnificación, las organizaciones clasistas y demás formas de la socioeconomía contemporánea, aunque preocupado con cierta nostalgia por la libertad total y la superioridad del individuo. En la vida política, este grupo intermedio desempeña importante papel en los momentos críticos de la lucha entre los sectores extremos, cuando cunde el ansia de una tregua sensata e inmovilista. En las etapas normales de la lucha, sin embargo, el grupo sufre por lo general ataques de ambos lados. En el orden de la expresión —literaria o artística—, cuida mucho de la forma y se esmera en que sea bien calificada y aceptada en “el extranjero”.

El grupo que impulsa el progreso se caracteriza por conocer los factores

que concurren para modelar la sociedad y el sistema de relaciones sociales; por elucidar el papel que cada uno de ellos desempeña en la consecución del cambio, a la vez que su relación con los otros factores que entran en la totalidad de una situación mutable, y por su interés en trazar una dirección y una continuidad de significado en la multitud de cambios a los cuales la sociedad puede estar sujeta.²² Eminentemente combativo, con vocación mesiánica, el intelectual de este sector teoriza sobre la razón de que se cree asistido y hace del hecho de imponerla el fin mismo de su existencia. Agudo es su sentido crítico del atraso y del estancamiento, e irrefrenable su impulso de ofrecer ideas para superarlos; en este sentido es, por excelencia, el motor ideológico del cambio social.

Se impone al respecto una división en dos alas: los izquierdistas y los desarrollistas.

Las izquierdas están más divididas entre los intelectuales que a ningún otro nivel de su composición, no sólo por los viejos conflictos sino por los nuevos —ideológicos, estratégicos y tácticos—. ²³ Con algunas excepciones, ven la sociedad tan obviamente dividida por clases, intereses e ideas, y tan inútil el ejercicio del diálogo ante el drama de sus países, que ya sólo orientan sus ideas hacia su propio grupo; de ahí que propendan al sectarismo y a una suficiencia proporcionada a la brecha entre aquellas ideas y el medio social. Para ellos la realidad es un obstáculo omnipresente; mientras más se frustra su existencia, más agresiva se vuelve su conciencia. ²⁴ Semejante exacerbación conduce en unos casos, a una especie de jacobinismo, según el cual la única línea *posible* es la propia y las demás —particularmente cuando las sustentan los grupos— son falsas, *impuras* y en el mejor de los grados, maniqueas o tibias, y en otros casos, a un total abandono de los planos culturales en favor de las doctrinas para justificar la violencia.

Una parte de este sector extremista encuentra problemas en tratándose de la acción. El manejo constante y apasionado de las ideas y la pérdida de fe en el sistema democrático manejado por las oligarquías, los va alejando de la masa y del interés en participar en los mecanismos del cambio, respectivamente. Toda institución, todo proyecto reformista que vengan del poder público, les parecen viciados desde su origen, cualesquiera que sean la finalidad propuesta o el resultado capaz de producirse.

Los "ideólogos del desarrollo" son descendientes de Keynes, directamente o vía Franklin D. Roosevelt; vale decir que parten de la idea central de la supremacía del capitalismo y de la democracia burguesa sobre cualquier otro sistema, siempre que se modernicen y empleen hasta donde es posible, los controles socioeconómicos inventados por el socialismo. El antídoto del comunismo es el capitalismo moderno; contra éste se yerguen la vieja política norteamericana proteccionista de monopolios

y la oligarquía latifundista. Los Estados Unidos tienen en sus manos el triunfo y la consolidación de este esquema, si fomentan nuevos sectores empresariales, nuevas clases medias con intelectuales capaces de entender que el desarrollo es cuestión pragmática y no idealista, y cierto grado de nacionalismo que permita liquidar o transformar a las caducas empresas concesionarias. Debidamente financiado y apoyado, el nuevo grupo dirigente debe mantenerse en el poder legalmente y está en condiciones de tolerar sistemas liberales para que el equilibrio social no se rompa; su garantía de pervivencia estriba en una política panamericana que proscriba los cuartelazos y reduzca a los militares a una fuerza contralora de la subversión comunista y la violencia obrera o campesina. Para estos ideólogos, el desarrollo es equivalente a la prosperidad del sector empresarial; la clase trabajadora debe sentir con ella una comunidad de interés y rechazar a quienes pretenden inducirlos a la lucha. Las sociedades centroamericanas deben remodelarse conforme a la tradición occidental; el prurito de buscar arraigo en la cultura propia es retardatario y conduce a elevar barreras chauvinistas contra la inversión y la colaboración extranjeras, que motorizan el progreso como no puede hacerlo el reducido y tímido capital del país. Estas ideas concitan contra el grupo desarrollista la oposición de la vieja burguesía, las izquierdas y los intelectuales tradicionalistas.²⁵

Rómulo Betancourt, José Figueres y Luis Muñoz Marín fueron los promotores principales de este orden de pensamiento, cuyo resultado de parte de los Estados Unidos es la Alianza para el Progreso; por ende, el presidente John Kennedy resultó el continuador y el paradigma de la filosofía keynesiana.

Los ideólogos del desarrollismo constituyen un núcleo bien diferenciado de planificadores, sociólogos, abogados y principalmente economistas y financieros, intercambiables en altos puestos de las instituciones internacionales e indispensables para los gobiernos que proyectan reformas que podrían llamarse cautelosas. Desde el punto de vista ideológico, este equipo internacional y "moderno" emplea con soltura la terminología marxista en sus tratos con la izquierda, y la terminología liberal para convencer a los empresarios. Su formación académica es pragmatista y al igual que sus fuentes de información y sus técnicas de trabajo, básicamente anglosajona.

La nueva tradición cultural centroamericana puede resumirse en cuatro corrientes: el anticomunismo, el neoliberalismo, el marxismo idealista y el neocapitalismo desarrollista. Esta hipótesis adolece de la rigidez de todas las simplificaciones; pero funciona como punto de partida para explicar la actitud de los intelectuales hacia la integración centroamericana.

LA INTEGRACIÓN COMO PROCESO CULTURAL

Uno de los más significados adalides del movimiento unionista hasta mediados de nuestro siglo, Salvador Mendieta, dijo que cuando se fundó el partido (1899) su causa era nebulosa y servía de retórica a los jacobinos; pero que cincuenta años después tenía una doctrina completa, lógica e integral, arraigada en una mentalidad común a todas partes del istmo, vinculada al bloque cultural "hispano-luso parlante" y defendida por los pueblos como credo fundamental de sus aspiraciones políticas.²⁶

Semejante optimismo no respondía entonces y aún no responde a la realidad. El centroamericanismo no es una ideología ni una doctrina completa. En cada época ha tenido significado distinto, en función de las fuerzas sociales que actúan a su favor o en contra. No ha pasado de ser un proyecto sujeto a controversia desde la Independencia hasta hoy en sus motivos, contenido, objeto y en casi todos los aspectos de su realización práctica.

Los padres de las naciones istmeñas se fijaron a los Estados Unidos como modelo en lo tocante a organización política; en sus textos hay ecos cercanos de las polémicas sostenidas por los Adams, Franklin, Jefferson, Hamilton, etcétera, sobre temas tan vitales para aquel entonces como la estructuración e interpretación del ideario liberal y el federalismo. La unidad formaba parte de las convicciones más íntimas de los elementos progresistas centroamericanos; en el escudo nacional figuraba el emblema "Dios, unión, libertad"; se hacía una equivalencia entre la unión y la democracia, el progreso y la felicidad para todos.

No pocos de los que suelen exculpar a su generación con los pecados de las anteriores, han querido ver en la fórmula federal el error de base que nutrió al separatismo hasta 1951. México y los propios Estados Unidos son prueba de que esa fórmula no conlleva necesariamente el fracaso; otras y más profundas son las causas. "Los pueblos de Centroamérica no estaban preparados, como tampoco lo están ahora . . . para aceptar de buen grado la unión. Faltan los intereses positivos que sirviesen de duradero enlace entre los Estados", dice Wyld Ospina.²⁷ Y no sólo los pueblos sino las clases que detentaban el poder, hace siglo y medio mucho más determinantes que ellos. La unión naufragó como consecuencia de la derrota de los intelectuales progresistas a manos de las poderosas fuerzas de la reacción, cuyos privilegios se sustentan mejor en el separatismo parroquial y feudalizante, y porque las grandes mayorías no se hallaban en condiciones de sentir como suyo el ideal unionista, ya que carecían incluso de una conciencia nacional.

Pero la idea motriz persistió, incorporada al temario de lucha entre

la acción y la reacción. Desde mediados del siglo XIX ha habido dieciséis intentos reunificadores, dos de ellos por la fuerza y dirigidos por militares (Justo Rufino Barrios en 1885 y José Santos Zelaya en 1907). En 1856, las invasiones del filibustero norteamericano William Walker provocaron de inmediato la formación de un frente común, que no pudo sobrevivir al triunfo.

En 1899, diez estudiantes universitarios fundaron el Partido Unionista. En su programa figuraban los siguientes principios: Centroamérica será declarada *zona mundial para beneficio de la humanidad*; el credo unionista sabrá *educar, dirigir y engrandecer al pueblo dentro de una democracia auténtica*; es, con voluntad combativa, *pacifistas y cívica*, y a base de una buena administración *extirpará los privilegios de las oligarquías y la deshonestidad en todas sus formas*.²⁸

El pensamiento unionista continuó evolucionando al empezar nuestro siglo.

He aquí algunos ejemplos típicos:

La desunión se consumó y se ha mantenido en Centroamérica mediante el despotismo, la ignorancia y la explotación de las minorías egoístas, y sólo así puede mantenerse.²⁹

La unión de las cinco repúblicas será el comienzo de una verdadera *regeneración*.³⁰

Cuando nos separamos de España, hombres privados de educación mal podían constituir una federación libre.

Esta circunstancia, unida a la malicia y a la perversidad de *los más comprendedores de las cosas* —o sea los intelectuales—, originó los profundos trastornos que tanto han mancillado el honor nacional y que son todavía el ancho foso que se opone a que nos unamos bajo la bandera de un gobierno fuerte.³¹

El concepto de que la unión es imposible entre nuestros pueblos por las tiranías que se han establecido en algunos de ellos, es a todas luces erróneo: las tiranías son meras contingencias pasajeras que obedecen a vicios locales más o menos remediabiles, mientras que la unión es una *fuerza*, una *necesidad permanente* en el organismo de las sociedades...³²

La causa unionista representa *la verdad, la verdad del porvenir*. De consiguiente es una verdad en marcha, que nada ni nadie podrá detener.³³

La paz de Centroamérica sólo puede asegurarse por la unión de las cinco repúblicas en una o, por lo menos, de la mayoría de ellas.³⁴

La idea federal sólo prosperará cuando emane de abajo, cuando haya verdadera democracia entre los pueblos y éstos la impongan.

Antes tiene que existir... un partido centroamericano unionista... que consagre como lema único y esté dispuesto a respetar dos palabras: *Unión, Libertad*, es decir, conjunción de ánimos y voluntades para construir *una patria más grande y digna de consideración, y libertad sana y verdadera que tenga por base la democracia y por culto el triunfo de la justicia y del derecho.*³⁵

Más cultura, más cooperación, más unión, más fuerza. Lo otro es suspicacia, desunión, zancadilla y enemistad. Y al final... que llegue alguien y nos engulla y de dueños pasemos a inquilinos, y de patrias descendamos a factorías; algo, desde luego, sin *señorío propio.*³⁶

A medida que los intelectuales fueron cobrando conciencia de las bases económicas del atraso social y de la enajenación de sus países al extranjero, comenzaron a plantear más concretamente la unión centroamericana como medio de progreso y de justicia integrales, y como factor de lucha contra el imperialismo norteamericano. Ya recordamos el sentido que tenían esos planteamientos hacia 1930. El infatigable luchador Vicente Sáenz, como maestro y como ideólogo, representa quizá mejor que ningún otro intelectual esta posición unionista durante las dos décadas siguientes; el énfasis de sus numerosas obras radica en tres preocupaciones: la responsabilidad del intelectual frente a sus pueblos, o sea la aceptación plena del compromiso; la lucha contra la tiranía, o sea la búsqueda de la democracia, y el antiimperialismo, como gran catalizador de la unidad latinoamericana. El pensamiento unionista más moderno procede de esta misma línea y se divide en tres modalidades: una, que representa Napoleón Viera Altamirano, moderada y conservadora del idealismo cultural; otra, la de Juan José Arévalo, realista y próxima a la nueva tradición cultural, y otra, la de Francisco Villagrán Kramer, eminentemente política y próxima a la tendencia desarrollista.

Podemos fijar ya las constantes del movimiento unionista desde la Independencia hasta nuestros días:

1. A su favor militan siempre las fuerzas progresistas; en contra, las reaccionarias.
2. Las tentativas de unidad han fracasado invariablemente por acción de las oligarquías, los militares o la intervención extranjera; y
3. *La motivación, el contenido y el objeto del unionismo son de naturaleza fundamentalmente ética, y los cambios en dicha naturaleza forman parte del proceso cultural de Centroamérica.*

LOS INTELLECTUALES Y LA INTEGRACIÓN

Muy escasos son los estudios sociológicos sobre los intelectuales —pese a lo mucho que sobre ellos se ha escrito. En la región que sirve de marco a nuestro ensayo, si se exceptúan los trabajos del Consejo Superior Universitario Centroamericano y los de las universidades locales sobre su medio propio, el sector es prácticamente desconocido.

La experiencia adquirida en la investigación general sobre Guatemala.³⁷ y prolongados contactos con los medios culturales de los otros países, nos permiten ofrecer algunas hipótesis que consideramos aplicables a toda la región.

Centroamérica cuenta hoy, en números absolutos y relativos, con mayor número de trabajadores *no manuales* que nunca, lo cual resulta paradójal en sociedades que se industrializan. El número de aficionados decrece y el de profesionales crece, aún si consideramos el terreno político, donde al igual que en el resto del mundo, no se requiere especialidad y apenas una formación sistemática.

Aron observa que en Europa y los Estados Unidos la participación en el progreso moderno degrada al sabio, atormenta al creador y eleva al experto; el graduado universitario es un simple trabajador de cuello blanco y el hombre de letras ha perdido la autoridad casi mágica de que gozó hasta la Primera Guerra Mundial. En Centroamérica, en cambio —y en el mundo subdesarrollado en general—, unas cuantas publicaciones bastan para otorgar la categoría de intelectual; la letra escrita, la cátedra y la especialización técnica son factores de prestigio y llevan aneja una carga sobre la opinión pública y aun sobre la política gubernamental.

De ahí la trascendencia que adscribimos a la participación y a la no participación de los intelectuales en el proceso integrativo.

Los intelectuales no actúan como parte de una sola clase, con intereses concretos, ni constituyen grupo, cualesquiera que sean su origen y su formación cultural. La mayoría procede de segmentos inferiores de la clase media; un número más reducido desciende a su vez de familias de intelectuales, fenómeno que se multiplica desde la Primera Guerra Mundial.

Las universidades son, por excelencia, los centros de formación de intelectuales y reflejan las ideas, la orientación política y la actitud social predominante de la clase media. Como grupo de presión, es mayor su homogeneidad que su dispersión generada por las diferencias ideológicas o las preferencias culturales entre estudiantes y profesores. Esta homogeneidad disminuye hasta terminar en los graduados y en los que interrumpen sus carreras para dedicarse a las letras o al periodismo como ocupación principal.

Los centros oficiales de enseñanza a todos los niveles (incluyendo a las universidades autónomas), forman a las juventudes dentro de criterios eclécticos, inconformistas y politizados hacia la izquierda o el centro; la enseñanza privada, casi toda en manos de religiosos, inculca el cientificismo puro, el conformismo con el orden establecido y el respeto a la vieja tradición cultural. De este último tipo de educación proceden los democristianos, que por sus preocupaciones políticas y sus programas avanzados suelen chocar con su propio medio social. En el orden educativo y cultural, no debe olvidarse la penetración de los intereses norteamericanos a través de centros de estudios, becas, ayuda técnica y subsidios proporcionados por las fundaciones con miras más o menos políticas. Dentro de poco se apreciará, indudablemente, el resultado de esta labor metódica acelerada en los últimos años.³⁸

Admitida la existencia y la trascendencia del sector intelectual, resta acreditar la necesidad de su intervención directa en el proceso integrativo, cuya naturaleza cultural creemos haber evidenciado. Tal participación puede variar en grados, siempre que se ajuste por lo menos a este concepto de T. S. Eliot: la labor básica del intelectual es producir obras intelectuales; pero como ciudadano tiene las mismas responsabilidades y canales de acción que los demás. Muchos asuntos de interés público reclaman su interés y el peso de su influencia; ninguna conducta, ningún acto del poder público o del poder real deben serle ajenos cuando tengan esencias o consecuencias culturales.

Los intelectuales, más que ningún otro grupo ocupacional, deben participar decisivamente en los siguientes aspectos de la integración:

- a) Educación, a todos los niveles;
- b) Creación, porque una cultura se acredita fundamentalmente con sus obras;
- c) Investigación, porque el desconocimiento del medio siempre será de cultivo para las fuerzas reaccionarias y los seudointelectuales que las defienden;
- d) Técnica, porque toda superestructura tan compleja excluye la improvisación.
- e) Liderazgo de partidos y sindicatos, a fin de que su participación en el proceso sea un acto firme consciente y racional; y
- f) Divulgación, para que el movimiento intelectual que resulte no sea patrimonio de élites, e involucre activamente a todos los sectores afectados.

Esta participación de los intelectuales no se orientaría adecuadamente sin la convicción de que hace falta un concepto comunitario, unionista,

centroamericano de vida y destino. No se trata de sumar o de armonizar tradiciones nacionales, sino de crear una nueva mentalidad, un nuevo cimiento para la ideología, a partir de la conciencia crítica del bien común y no de una conciencia de clase del bien sectorial.

La integración es un problema teórico, o sea un problema objetivo de la ciencia; no un problema subjetivo del individuo o de la colectividad. Debe originar teorías para aplicación metódica en una realidad, teorías que a su vez están llamadas a configurar la teoría original de la integración y ajustarla a objetivos racionales y metódicos.

Resulta inadmisibles que la base teórica de la integración permanezca dogmáticamente como está hoy, o que sus instrumentos se sostengan incólumes sólo porque forman parte de un contexto o para no menoscabar la autoridad de quienes los aprobaron. Se trata de una simple proposición, urgida de interpretaciones ideológicas y debates entre fuerzas que al chocar son capaces de producir síntesis para una aplicación empírica superada. En otras palabras, la integración es un problema de método inductivo; pero también deductivo como auxiliar para el planteamiento de investigaciones inductivas. Sólo con estas ideas en claro deben coordinarse los ideólogos, los científicos y los hombres de acción.

En la práctica, la integración únicamente puede sostenerse como marco e instrumento de un desarrollo integral; es decir, como una dinámica para el progreso a todos los niveles y de todos los sectores de la sociedad. Y puesto que en el mundo moderno cualquiera dinámica hace indispensable una planificación, resulta que el proceso integrativo es una concepción eminentemente política.

La integración no es sucedáneo ni alternativa de la lucha de clases y de los movimientos evolucionistas o revolucionarios que tienen como finalidad subrogar las viejas estructuras socioeconómicas en cada país. Cualesquiera que sean sus excelencias jurídicas o declarativas, en cada país repercute conforme a las escalas de poder real y a favor de los grupos a cuyo servicio éste se encuentra. La integración sólo puede dar frutos democráticos en los ámbitos nacionales organizados por sistemas democráticos.³⁹

El intelectual de la derecha moderna, progresista y nacionalista, así como el intelectual de la izquierda "clásica" o de la "nueva izquierda" (como la llama Mills) interesados en la integración, no actúan necesariamente al servicio de otras clases; por su oficio y su posición dentro de la sociedad, el proceso los afecta profunda y directamente y atañe a su realización personal como hombres de pensamiento y como ciudadanos. De ahí la incongruencia de su marginalización frente a un hecho histórico *irreversible*, especialmente porque entraña el peligro de que sea guiado y aprovechado

por titulares de privilegios o por las fuerzas que amenazan la libertad del hombre o la independencia de las naciones.

En tanto no se den las condiciones y correlaciones indispensables para una revolución profunda, nos parece que no existe otra opción para los intelectuales en Centroamérica.

¹ Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1967, 376 pp.

² Por ejemplo, el Partido de Liberación Nacional y los sindicatos de Costa Rica, y Unión Revolucionaria Democrática, grupo político de Guatemala, todos ellos favorables a la integración, aunque con reservas. Cf. Villagrán Kramer, *op. cit.*, pp. 329-38. URD —que se acerca a lo que C. W. Mills denomina “la nueva izquierda”—, resume su posición así: a) La integración no es fórmula capitalista o socialista; diversos grupos políticos o sindicales pueden apoyarla y beneficiarse de ella sin deponer necesariamente su lucha clasista o su ideología; b) La integración no es un antídoto contra el subdesarrollo; este antídoto sólo puede provenir de acciones internas en cada país para cambiar fundamentalmente las estructuras socioeconómicas tradicionales; y c) El tratamiento de los intereses de los trabajadores dentro de un proceso de integración debe orientarse necesariamente hacia los niveles más altos.

³ Copiosísima es la bibliografía sobre la clase media, y en ella se apunta no sólo la dificultad terminológica sino la conceptual para fijar con precisión científica los caracteres diferenciales del sector; para un tratamiento amplio de la situación latinoamericana, cf. Johnson, J. J., *Political change in Latin America. The emergence of the middle sectors*, Stanford, Cal., Stanford University Press, 6a. ed., 1966. Usamos el término “clase media” en su sentido de sector social colocado entre la masa obrera y campesina por una parte, y la alta burguesía terrateniente, industrial, financiera y comercial por la otra; ese emplazamiento deriva de factores económicos, políticos, sociales y culturales.

En lo que respecta al término “intelectuales”, no nos resistimos a reproducir en parte la gama que abrió para Valéry: hombres casi inmóviles, que causan gran movimiento en el mundo; o gesticuladores que provocan la reflexión y el crecimiento de poderes imperceptibles. Hombres de pensamiento, de letras, científicos, artistas, todos con sus causas: vivas, individuales, mínimas, causas dentro de causas; causas de efectos vanos o prodigiosamente importantes, según se quiera. Puritanos, especuladores, creyentes que parecen infieles e infieles que ponen cara de creyentes; unos se hacen los tontos y otros lo son; autoridades, anarquistas y aun verdugos cuyas hachas inspiran disgusto por la tinta. Unos pontifican y otros profetizan; hay césares y mártires. Otros se autonombren jueces de la tribu, olvidando que nada suele revelar tanto nuestras debilidades como juzgar a los demás. Y obra toda esta gente por necesidad de vivir, deseo de sobrevivir, o por gusto de sorprender, asustar, refutar, enseñar, despreciar... Valéry, P., *Monsieur Teste, Oeuvres*, Paris, Gallimard, t. II, pp. 51 y ss.

Usamos el término “intelectuales” en el sentido preciso de universitarios, escritores, artistas y políticos teóricos. Para que la definición no quede reducida a un núcleo mínimo —lo cual sería incongruente con la realidad—, descartamos la especie “pensadores” (como categoría sociológicamente desarrollada) a la que reduce su estudio Marsal, J. F., *Latin American intellectuals and the problem of change*, Buenos Aires, Instituto Torcuato di Tella, 1966, 26 pp.

⁴ Gaos, J., “Significación del pensamiento hispanoamericano”, *Cuadernos Americanos*, México, 1943, p. 77.

⁵ Marsal, *op. cit.*

⁶ Varios escritores latinoamericanos han llamado a esta actitud mental “arielismo”, y de ella participan, incluso, muchos teóricos de la izquierda. Mariátegui habla de “haber visto la luz” y de “haber recibido la revelación” cuando abrazó la ideología marxista. Aun en el Martí revolucionario, con todo y la sorprendente modernidad de su estilo, se encuentra no poco “arielismo”.

⁷ La literatura sobre temática social del istmo está plagada de conceptos como esos. Son generados, indudablemente, por un rasgo común de romanticismo, del que

no se libró ni Martínez Estrada; no nos referimos, desde luego, al pensador trascendental que llegó a ser en sus últimos años. Ver Martínez Estrada, E., *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Babel, 1933, pp. 270 y 308.

⁸Glosamos a un escritor mexicano de influencia entre los intelectuales centroamericanos de postguerra, Paz, O., *El laberinto de la soledad*, México, ed. Cuadernos Americanos, 1947, 198 pp.

⁹Paz, *op. cit.* En la misma línea de pensamiento han estado Freyre, Ramos, Zum Felde o Murena, para hablar sólo de lo que Marsal denomina "pensadores".

¹⁰Desde 1920 abundan los textos que exaltan a los intelectuales "puros" en contraposición a los "técnicos". Recordemos a Ortega y Gasset, quien denigra al especialista como petulante de lo que sabe y avaro para reconocer especialización en campos ajenos; según Laski, el "experto" carece de la profundidad del sentido común, no acepta puntos de vista nuevos, no ve los problemas en perspectiva y a menudo no comprende al hombre de la calle para quien dice trabajar. Ortega y Benda popularizaron la tesis de que el "verdadero" intelectual no debe inmiscuirse en política ni participar en la lucha social. La cursilería que han derramado poetas y hasta ensayistas latinoamericanos sobre la naturaleza semiastral del escritor y del artista es infinita. Hasta un hombre de ciencia tan serio como Max Weber cae en la trampa, diciendo que el "verdadero" intelectual vive *por* las ideas, en tanto que el profesional "ordinario" vive *de* ellas. Barzum se ha encargado de refutar esta falsía y apunta que "toda mente capaz de ideas debe vivir tanto para ellas como de ellas". El tema tiene ancestros en nuestra literatura, tan notables como Cervantes —v. el famosísimo discurso sobre las armas y las letras. La otra cara de la medalla romántica es la que debemos a Schopenhauer, Nietzsche y con menor violencia, a Kierkegaard: el intelectual debe vivir entregado a la violencia, etcétera.

¹¹"Las sociedades son libres en la medida en que respetan la libertad de sus intelectuales", opinó Squirru aún en 1946; ésta es la posición sostenida por Arciniegas y casi sistemáticamente, por Osegueda, Brenes Mesén, Valle y otros intelectuales centroamericanos.

¹²"... una larga tradición de emulaciones y celos ha venido nivelando en igualdad a nuestras cinco naciones... sobre este sentimiento se ha impuesto otro, tan antiguo como nuestras mismas nacionalidades, que es el de tener a México como verdadera capital del sentimiento y del pensamiento centroamericano." Cuadra, P. A., *Promisión de México*, México, 1945, pp. 10-11.

¹³Entre el Haya de la Torre de los años veinte y el de hoy media la misma abismal distancia que entre el Vasconcelos de antes y de después de su derrota como aspirante a la presidencia de México. Estos vuelcos, tanto más dramáticos cuanto que hieren la fe que en esos hombres pusieron a su hora las juventudes latinoamericanas, son los más conocidos; mas por desgracia no los únicos, pues abundan los guías ideológicos y morales "incendiarios a los veinte años y bomberos a los cuarenta".

¹⁴La unión como proceso de cultura y como base de la lucha antiimperialista está bien expresada en estas palabras de la época: "Pensar que una nación de ignorantes va a librarse de una nación culta, si ésta quiere someterla a su influencia y dominarla, es como pensar que en la lucha entre un ciego y un hombre que ve, las ventajas pueden estar de parte del ciego. En realidad, no hay otro destino para un pueblo ignorante que el despotismo adentro y la dominación afuera." Masferrer, A., *Leer y escribir*, San Salvador, 1920, p. 3.

¹⁵La tradicional huelga que organizan los estudiantes universitarios de Guatemala el viernes santo de cada año, fue brutalmente reprimida por el presidente Jorge Ubico en 1931. A esa huelga, que tuvo un visible carácter centroamericanista, fueron invitados unos doscientos estudiantes universitarios de El Salvador, y maltratados junto con sus compañeros guatemaltecos. El incidente puso muy tirantes las relaciones oficiales entre los dos países.

¹⁶"La riqueza del país depende de los hombres que saben usar las riquezas y no los que las acumulan... El problema económico lo es fundamentalmente de cultura... Lo que ha constituido la civilización del mundo son los ideales. Estos países están necesitados de valores espirituales." O. Dengo, en González, L. F., *Omar Dengo, estudio de su personalidad*, San José, 1929.

¹⁷Los intelectuales centroamericanos formados en la Argentina vivieron la lucha entre su gremio y el peronismo; a eso se debe su apasionado concepto de la libertad cultural y de la desenajenación del intelectual con respecto al poder público del que no participa en primera fila. Los intelectuales formados en México carecían de

esa sensibilidad, dadas las relaciones entre el gobierno cardenista y su gremio; por el contrario, reclamaban politización y participación en la labor de gobernar.

¹⁸ "Cualquier empresa educativa resultará ineficaz para los fines de la nacionalidad de un país republicano, si las leyes y los gobiernos no concurren a borrar las distancias que la explotación económica en todas sus formas y la vacuidad espiritual mantienen como caricatura y supervivencia de estados sociales superados. Problema genuinamente político y económico, éste es también un problema de cultura." Arévalo, J. J., *Escritos pedagógicos y filosóficos*, Guatemala, 1945, p. 40.

"Es preciso darle a lo económico el puesto que le corresponde en la escala de valores... Estamos ante los albores del hombre integral. Integral desde el punto de vista material y desde el punto de vista espiritual." Galindo Pohl, R., *Discursos y conferencias de la jornada cultural, 2 al 9 de marzo de 1946*, San Salvador, Universidad Autónoma de El Salvador, 1946, 1:56.

¹⁹ El gobierno de José Figueres, resultante de esta revuelta, persiguió a los comunistas y a algunos izquierdistas, y no quiso continuar la lucha contra las dictaduras del Caribe, como se había comprometido a hacerlo cuando aceptó la ayuda de los patriotas centroamericanos.

²⁰ Germani, G., *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962, p. 112.

²¹ Los intelectuales de este sector no son anticomunistas; pero por temperamento o convicción rechazan el marxismo, lo mismo con argumentos racionales que pasionales. Por ejemplo, a fuer de modernos, suelen descalificar a los marxistas porque se obstinan en continuar con la línea de un mentor que falleció hace ochenta y cuatro años; lo cual no es óbice para que en apoyo de su filosofía metafísica o de su idealismo en general, se apoyen en Platón o Aristóteles, que murieron hace más de 2200 años.

²² En este planteamiento sigo la terminología de McIver, y Page, que me parece adecuada (McIver, R. M., y Page, C. H., *Society. An Introductory Analysis*, New York, Rinehart & Co., 1949, p. 518).

²³ A nivel teórico, los conflictos intergrupales de la izquierda y la derecha, respectivamente, están estudiados por Monteforte Toledo, M. y Villagrán Kramer, F., *Izquierdas y derechas Conflictos internos*, Ms. en prensa en la Universidad Nacional de Chile.

²⁴ Fener, L., "Marx and the Intellectuals", *Survey*, núm. 49, x/1963, p. 109.

²⁵ Para un buen estudio de este equipo "internacional", cf. Shils, E. A., "The prospect for intellectuals. Reflexions of a Sociologist", *Soviet Survey*, núm. 29, vii/ix, 1959, p. 87.

²⁶ *Diario de Hoy*, San Salvador, 7/v/1954. Los subrayados que aparecen en las notas 26 a 36, inclusive, son nuestros.

²⁷ Wyld Ospina, C., *El autócrata*, Guatemala, 1929, pp. 79-80.

²⁸ Mendieta, S., *Diario de Hoy*, San Salvador, 7/v/1954. En el programa del Partido Unionista Centroamericano publicado en esa ocasión, Mendieta incorporó el anticomunismo, que no había figurado antes en ninguna declaración del grupo.

²⁹ Mendieta, S., *Alrededor del problema unionista centroamericano*, Barcelona, Mauci, s. f., t. II, p. 175.

³⁰ Darío, Rubén, *Prosas dispersas*, Madrid, 1909, p. 138.

³¹ Luna, A., San Salvador, *La Quincena*, 1/vi/1906, pp. 129-31.

³² Bermúdez, A., *Lucha de razas*, México, 1912, p. 34.

³³ Serpas, C., *Diario de Hoy*, San Salvador, 8/v/1954.

³⁴ Bonilla, P., y Sanso, A., *Policarpo Bonilla*, México, 1936, p. 516.

³⁵ González Viquez, C., *Diario de Hoy*, San Salvador, 7/v/1954.

³⁶ García Monge, J., *El Nacional*, Caracas, 3/viii/1953.

³⁷ Monteforte Toledo, M., *Guatemala-Monografía sociológica*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2a. ed., 1965; especialmente caps. x, xiv, xvii y xx.

³⁸ La penetración de la Central Intelligence Agency (CIA) del gobierno de los Estados Unidos en multitud de organizaciones estudiantiles, sindicales y culturales, con propósitos de control político y de espionaje, fue denunciada por el *New York Times*, el prestigiado diario neoyorquino, a principios del año en curso. Bajo la presión de algunos congresistas, el gobierno de Washington se vio forzado a declarar públicamente que renunciaría en lo sucesivo a tales procedimientos. El escándalo tuvo repercusión mundial.

³⁹ Pueden aducirse muchos ejemplos de este fenómeno de relatividad con respecto al espacio. Las Leyes de Indias obedecían a criterios humanistas en el lugar de su emisión, que era España, y se hacían nugatorias en razón directa del grado de marginalización de las provincias donde se aplicaban. Los principios de igualdad consagrados por la Constitución de los Estados Unidos no operan en la práctica lo mismo en los Estados del norte que en los del sur, todavía agobiados de prejuicios étnicos.